

Los tolupanes de la Montaña de la Flor

Anne Chapman *

En los límites entre los chibchas y los mesoamericanos

Los llamados jicaques (su verdadero nombre es tolupanes) vivían en la región situada más allá del límite sureste de Mesoamérica.¹ Hacia finales de la época prehispánica, se extendieron a lo largo de la costa atlántica, en la bahía de Honduras, desde el río Ulúa hasta Puerto Castilla, cerca de la ciudad actual de Trujillo y en tierra adentro hasta el río Sulaco.

Su cultura era del mismo tipo que la de sus vecinos del sur: los sumos, los payas y los miskitos, y los otros grupos que vivían en las tierras bajas atlánticas de Honduras y de Nicaragua. Esas culturas se parecen mucho más a las de las selvas tropicales de América del Sur que a las de sus vecinos de Mesoamérica, los mayas y los lencas. Hubo al menos un centro comercial azteca en la región de Trujillo y otro maya en la desembocadura del río Ulúa. Es evidente que los tolupanes tuvieron contacto con los mesoamericanos pero, aparentemente, su cultura recibió poca influencia de ellos.

Los españoles consideraban salvajes a los pueblos de las tierras bajas, indomables e inconquistables, mientras que los mesoamericanos de Honduras, los lencas, aunque "gente civilizada" eran o bien eliminados o convertidos al cristianismo y drásticamente aculturados, como lo fueron los mayas y los aztecas.

Aunque los tolupanes hayan practicado algunos cultivos, sobre todo, obtenían alimentos principalmente con los tubérculos, la caza, la recolección y la pesca. Los grupos de las tierras bajas eran semi-sedentarios, agricul-

tores en ocasiones y formaban pequeñas comunidades a lo largo de la costa del Atlántico y de los ríos adyacentes. Aunque se pareciesen culturalmente a los sumos, a los payas y a los miskitos, los tolupanes diferían de ellos en la lengua. Los tres primeros grupos hablaban una lengua chibcha que sus descendientes aún hablan; los tolupanes, según algunos lingüistas, constituyen uno de los principales núcleos meridionales de la familia hoka.²

Es probable que con los otros chibchas de Costa Rica y de Panamá y con otro núcleo de habla hoka (los subtiabas del istmo de Rivas en Nicaragua), estos grupos hayan sido los pueblos más antiguos de América Central.

Los tolupanes se opusieron a la Conquista y más tarde la mayoría de ellos huyó hacia las tierras del interior para finalmente establecerse en las montañas, lejos de la costa, y de los valles de los ríos; no dejaron, sin embargo, de contraatacar a los españoles.

A finales del siglo XVI y durante el XVIII, los misioneros franciscanos y otros religiosos trataron de evangelizarlos pero con poco éxito. En el siglo XVIII, el centro de tal actividad era Luquigüey, en el departamento de Yoro, corazón del territorio tolupán.

El siglo negro

En la segunda mitad del siglo XIX, sucedieron tres acontecimientos de gran importancia. Durante la mayor parte de la época colonial y al inicio del periodo republicano, tanto los franciscanos como el gobierno y los militares se esforzaron por arraigar a los tolupanes, obligándolos a abandonar su vida libre y su cultura, a fundar aldeas para hacer posible su incorporación al sistema

* Etnóloga, Centre national de la recherche scientifique, París, y Centre d'études mexicaines et centraméricaines, México.



Foto de Anne Chapman.

Entablio Martínez. Montaña de la Flor.

económico dominante, y a construir una capilla en cada poblado para facilitar su conversión al cristianismo.

Se aceleró este proceso con la llegada, en 1856, de un sacerdote español, monseñor José Manuel Subirana, quien pasó los últimos ocho años de su vida con los tolupanes, a quienes llamó jicaques. Perseverando en su arduo trabajo, logró convencer a muchos de ellos a radicarse, fundando de esta manera una treintena de caseríos en los departamentos de Yoro y de Olancho. El padre Subirana se esforzó por defender a los indígenas contra toda clase de abusos por parte de los mestizos, y entregó a cada caserío un título que estipulaba sus derechos sobre las tierras, las que pasaban a ser posesión comunal.

Un guardián ladino, mestizo o blanco (curador), se asignaba a cada caserío con jurisdicción legal sobre los tolupanes que vivían allí. Este régimen duró hasta 1877. Se seguía considerando a los indios como niños. Las principales obligaciones del curador consistían en proteger las tierras, en convencer a los pobladores para que no abandonaran el caserío ni regresaran a sus costumbres ancestrales, y en servir de intermediario ante el gobierno y las autoridades eclesiásticas.

Hacia 1860, una bebida elaborada con la raíz de zarzaparrilla se volvió muy popular en los centros urbanos, principalmente en los Estados Unidos y en Europa, de manera que el precio de la raíz subía cada vez más en el mercado internacional. Por ese entonces el gobernador del departamento de Yoro se apresuró a sacar provecho de la abundancia de esa raíz en su jurisdicción, empleando la mano de obra de los tolupanes y utilizando para ello las milicias que estaban a su disposición. Muchos de los curadores de los caseríos fundados por Subirana, actuaron como agentes del gobernador, cooperando con sus soldados para reclutar a los tolupanes.

Con las armas en la mano, los militares realizaban redadas de indios y los escoltaban a caballo durante la recolección de la raíz. Ésta se llevaba a cabo preferentemente en la estación de lluvias, lo que hacía que el trabajo fuera mucho más difícil. Después de juntarlas, se obligaba a los indios a transportar las gavillas de las raíces sobre sus espaldas hasta los puertos de exportación. Cada expedición tomaba de seis a ocho días de camino.

Durante los años que siguieron a la muerte de Subirana, muchos tolupanes huyeron de los caseríos, y buscaron refugio en las tierras del interior, adonde los perseguían los soldados logrando en ocasiones capturarlos. Las calamidades se sucedían.

Hacia finales del siglo pasado, el tercer acontecimiento que destruyó radicalmente su modo de vida se debió a la introducción del cultivo de café, también como consecuencia de la elevación de su precio en el mercado internacional. Algunos comerciantes locales y otros mestizos, tanto de Yoro como de regiones aledañas, se propusieron adquirir las tierras apropiadas para este cultivo. Los indios fueron expulsados progresivamente de sus mejores tierras, compradas a precios de risa, embargadas, rematadas por deudas, o tomadas a la fuerza.

Muchos de ellos no pudieron volver a sus ancestrales modos de vida y trabajaron como jornaleros en las

plantaciones de café, en tierras que antes habían sido suyas; otros emigraron a pequeñas ciudades en busca de un medio de subsistencia. Sin embargo, un cierto número de comunidades fundadas por Subirana, llamadas "caseríos" o "tribus" logró salvar una parte de sus territorios y siguió cultivando sus milpas, además de algunas plantaciones pequeñas de café. Pero la mayoría de las veces, sus derechos de propiedad no los reconocía el gobierno y se les trataba siempre como ciudadanos de segunda clase.

La Standard Fruit Company también contribuyó al empobrecimiento de los tolupanes. Es notable el caso de la aldea llamada Subirana, donde la compañía norteamericana se apoderó del mejor valle con el objeto de criar ganado como complemento de su comercio bananero. Finalmente, desde hace algunas décadas, los bosques comunales de algunas aldeas son explotados por compañías madereras que pagan un porcentaje al cacique local, por regla general un tolupan mestizo, que puede o no repartir los beneficios entre los comuneros.

A pesar de este pasado, existen aún hoy, en el departamento de Yoro, más de cien comunidades jicaques, debilitadas y despojadas. Un cierto número de indios y de mestizos han empezado a reivindicar sus orígenes prehispánicos así como sus derechos de ciudadanos hondureños. Además del español, sólo unas pocas familias y algunos ancianos hablan todavía el tolupan. Aunque encuentran apoyo en los círculos universitarios y estatales, sus problemas son principalmente los de un campesinado que dispone de pocos recursos; éste debería poder gozar de los beneficios del producto de su trabajo; y además crear nuevas fuentes de trabajo y restablecer su identidad cultural; en una palabra debería traspasar la barrera de su extrema pobreza económica y cultural.

Un *isolat*

¿Es posible que una cultura se salve solamente por unos pocos individuos? La historia de la comunidad de la Montaña de la Flor puede ofrecer una respuesta a esta pregunta.

Hacia 1866, siete adultos que huían con sus hijos de la "esclavitud de la zarzaparrilla", abandonaron el departamento de Yoro para refugiarse en las montañas poco pobladas de un departamento vecino (Francisco Morazán). Uno de los hombres se había rebelado contra las terribles condiciones que se le imponían; incluso

mató a un soldado de la milicia del gobierno. Gracias a ese grupo la lengua tolupan aún se habla ahora y la antigua cultura se mantiene parcialmente viva, ya que su aislamiento forzoso los apartó de algunos de los acontecimientos (brevemente descritos *supra*) que acentuaron el empobrecimiento cultural y económico de los tolupanes de Yoro.

Después de más de un siglo, se catalogó como un *isolat* (grupo aislado) excepcional con patrimonio genético muy restringido y fuerte endogamia desde hace un siglo. En el intervalo, la población se elevó a cerca de 400 personas. Inclusive si la cuarta parte está compuesta por mestizos (algunos hombres ladinos se casaron con mujeres indias), las otras tres partes se mantienen casi totalmente endógamas. Algunos niños nacieron de uniones incestuosas y la mayoría de los matrimonios de la segunda y tercera generación se efectuaron entre primos. Entre las tres parejas fundadoras, figuraban dos grupos de hermanos y hermanas; el séptimo individuo se casó con la hija de una de esas primeras parejas: se concluye, pues, que el almacén genético es excepcionalmente limitado.

En abril de 1984, en mi última visita a la comunidad, aun cuando se podía comprobar un aumento del bilingüismo, la gran parte de la población seguía hablando tolupan. La división tradicional en dos mitades, cada una con su propio jefe a la cabeza, prevalecía todavía.

Su asentamiento es, sin embargo, disperso. Hay grupos de chozas que corresponden a familias grandes, diseminados por todo el territorio que les otorgó el gobierno en propiedad comunal (*ejido*) en 1929.

El café, introducido en los años 30, es el cultivo que les rinde los mejores ingresos; la base de su alimentación es el maíz, el frijol, ciertas cucurbitáceas, papas y otros tubérculos. En pequeñas parcelas de propiedad individual se siembran plátanos, naranjas, mangos y aguacates. Los tolupanes cultivan un número mucho mayor de árboles frutales y de plantas que la mayoría de sus vecinos no indígenas. Todavía recogen miel, pero la pesca y la caza tienen hoy mucha menor importancia que en el pasado. Para cazar pájaros y ardillas, siguen utilizando cerbatanas. Con la corteza de un árbol especial, fabrican una tela que todavía a principios de este siglo les servía de vestido y ahora la utilizan sobre todo para adornar los maderos de sus chozas. Tejen varios tipos de canastas y de mallas para poder transportar el maíz; tallan unas pipas minúsculas con la madera de caoba. Las mujeres cosen sus vestidos y las túnicas de los hombres (llamadas *balandranes*), con telas que com-

pran en el comercio o adquieren vestidos ya hechos. La mayor parte de los jóvenes y también algunos viejos, se visten de pantalón y camisa cuando salen de la comunidad "a buscar la vida".

En el siglo XIX la comunidad tenía todavía algunos rasgos prehispánicos, pero prácticamente los ha perdido con la introducción del café. Ésta ha desencadenado una atomización de las tierras comunales y ha esparcido a la gente en las parcelas de los montes consideradas ahora como propiedad familiar, aun cuando formalmente forman parte del ejido. Las casas grandes comunitarias han sido abandonadas (vi la última en 1955) y se prefiere vivir en chozas que acogen cada una a una familia.

La construcción alrededor de 1965 de una carretera que llega hasta la comunidad, ha provocado el efecto de multiplicar los contactos con el exterior. Han sido igualmente más frecuentes los conflictos tanto con los colonos que acaparan las tierras para sembrar maíz, como con los ricos terratenientes quienes utilizan las tierras del ejido como pastizales para el ganado.

Hace poco se suscitaron ásperas disputas entre los jefes de las dos mitades³ por los fondos procedentes de las compañías madereras las que desde hace algunos años comenzaron a explotar los bosques. Aunque su monto está lejos de corresponder al valor de la materia prima vendida, ha dado lugar a fricciones dentro del grupo, que se han conocido en Tegucigalpa y que socavan la solidaridad comunitaria y el orgullo étnico.

La mayoría de la gente padece desnutrición; las condiciones sanitarias son defectuosas, y todavía prevalece la ausencia de inmunidad contra epidemias tales como gripe y catarros, mismas que en muchas ocasiones producen complicaciones más serias. La tasa de mortalidad infantil parece que no ha disminuido. En caso de enfermedad se recurre a ciertas hierbas o se consulta a los ladinos vecinos; pero también muchos compran medicinas en los comercios e incluso han adquirido la costumbre de ir a la clínica que sostienen los misioneros norteamericanos a dos o tres horas de camino del ejido. Aunque el contacto cada vez mayor con gente del exterior, les perjudica mucho la salud, el gobierno todavía no ha organizado ningún programa de ayuda médica para la región.

Otra causa de la pérdida de su propia cultura y de la aculturación, ha sido la influencia de los misioneros evangelistas del Instituto Lingüístico de Verano que se manifiesta exclusivamente en la mitad oriental, la de los Martínez. La primera pareja llegó en 1960;



Foto de Anne Chapman.

Leopoldo Martínez. Montaña de la Flor.

le siguieron otras dos. Hasta 1980, esos misioneros lingüistas vivieron por temporadas en el ejido. El que ahora desempeña ese cargo, vive con su familia en el caserío vecino en el que se encuentra la clínica. Visita a la mitad de los Martínez el domingo para predicar en la capilla. En 1971, Cipriano, el jefe de esta mitad, y sus hombres construyeron la capilla que consta de una gran estructura rectangular de adobes con techo de tejas y piso de madera. En la misma época se demolió la cerca de la entrada.

De manera inversa, el jefe de la otra mitad, Julio Soto, que rechazaba abiertamente todo contacto con los misioneros, se alejó, junto con otras familias, de la entrada oeste para evitar cualquier encuentro accidental con ellos o con cualquier otro visitante. Sin embargo, el grupo tiene relaciones con los mestizos de la aldea situada en el otro extremo del ejido, relaciones que no siempre son amistosas, ya que aquéllos no respetan los límites de los terrenos.

Algunos jóvenes de la mitad oriental, la de los Martínez, aprendieron a leer y a escribir en español y en toluan con los misioneros; estos últimos han publicado un manual y una traducción al toluan de textos del Nuevo Testamento.

Es difícil calcular la influencia que tendrán los misioneros a largo plazo. Sin duda ya aceleraron el proceso de asimilación y de pérdida de la cultura toluan, sobre todo la de la tradición oral. A pesar de las presiones y de los aportes del exterior, a pesar de los esfuerzos de los franciscanos durante varios siglos y de los de Subirana hace más de cien años, los tolupanes de la Montaña de la Flor han sabido conservar al menos parcialmente, sus creencias religiosas al mismo tiempo que asimilaban y remodelaban algunos elementos del cristianismo. No sé, sin embargo, hasta qué punto la tradición oral se ha dado a conocer y transmitido a generaciones más jóvenes. Mi principal informante y amigo, Alfonso Martínez, murió cuando brotó una epidemia en 1969. Desde 1965, fecha en que lo vi por última vez, no he podido recoger ningún dato nuevo referente a este tema.

Los hijos de la muerte y sus dueños

En toda su mitología están presentes los muertos, y a los seres humanos se les llama los "hijos de la muerte", en clara oposición a los seres sobrenaturales, llamados *malomsanos*, palabra de la que desconozco su etimología pero que significa "inmortales".

Su mitología está estructurada sobre el fundamento de dos conceptos importantísimos. El primero, dualista, tiene una relación metafórica con la división dual de la misma comunidad. El dios que reside en el cielo oriental, Tomam mayor, reina sobre los tolupanes, mientras que su hermano más joven, Tomam menor, reina en el cielo occidental. Su padre, el dios supremo, existe en la inmensidad del espacio celeste pero sólo excepcionalmente interviene en los asuntos de la tierra y se

le considera, aparentemente, como una abstracción asociada al mismo término *tomam*, y como fuente de todo poder sobrenatural.

El otro concepto se refiere a los dueños (*jamayon* en toluan). Todos los seres sobrenaturales son dueños, asistentes suyos (mayordomos) o bien sus subordinados. Tomam mayor es muchas veces llamado el "dueño de la autoridad" y es precisamente el dueño de la vida de los tolupanes, mientras que su hermano, Tomam menor, es el dueño de la muerte y del paraíso situado en el cielo occidental. Pueden contarse al menos veintisiete dueños, muchos de los cuales se encargan de los animales (sin excluir la cucaracha, la pulga y la garrapata); otros más son dueños del maíz y del frijol, de los vientos de las lluvias, del granizo, de los rayos, del fuego, etcétera.

A los ladinos se les asigna un lugar muy especial en el panteón junto con su dueño, Tata Dios (Dios Padre) quien vive en el cenit con su esposa, su ganado y sus demás bienes. Es él el responsable del comportamiento de los ladinos (que lo desobedecen muchas veces), así como del ganado, de los caballos y del dinero y en fin de todas las cosas que los ladinos poseen por lo común. Su hermano Noventa tiene a su cargo los pollos y los pavos así como los fusiles.

Tata Dios a menudo merece que lo regañe Toman mayor por la mala conducta de los ladinos, en particular por sus borracheras. Los tolupanes hablan con desdén irónico de esas borracheras y de la obsesión mestiza por la propiedad y el dinero, ya que ellos mismos son sobrios y tradicionalmente generosos, hasta el punto de compartir todo lo que poseen con sus compañeros e inclusive con los mestizos.

Los dueños de los animales viven en cuevas, tienen forma humana y pueden ser gigantes o enanos. Por lo general son muy gentiles con los tolupanes, mientras éstos no cacen desmedidamente ni hieran a sus protegidos sin necesidad.

El diablo, Liauro, es el dueño de las aves de rapiña así como de la pulga, la garrapata y otros animalejos. Los liauros son numerosos y se transforman en "tentaciones": bajo la forma de seductores de mujeres jóvenes o viejas, y de la de hermosas mujeres medio desnudas. Una vez que ha sido seducida, la víctima está condenada a morir próximamente. Con frecuencia se explica la muerte de un adulto diciendo que éste sucumbió ante uno de esos espíritus maléficos.

El tema que aparece siempre en esta mitología es la reciprocidad. El hombre no está solo; todos los seres

vivos son interdependientes y únicamente pueden vivir gracias al principio de la reciprocidad. La Tierra Madre no es una excepción. Le permite, no sin reservas, al labrador cultivar la milpa de manera que él y su familia puedan alimentarse, pero ella también tiene necesidad de alimentos. Consume los cadáveres de animales y hombres y se alegra cuando un tolupan muere porque le llega el momento de un gran festín. Por otra parte, muy seguido se queja con Tomam mayor porque los tolupanes abusan de ella escarbando en su seno para hacer cercas, para plantar, y les reprocha que la pisen siempre. Tomam mayor le habla prudentemente y le recuerda que todos los seres vivos son de ella y que debe ser más indulgente con los tolupanes.

Tomam exhorta también a todos los hombres a estimarse a sí mismos y a comportarse entre sí como hermanos, ya sea que se trate de indios, de mestizos o de gringos (norteamericanos y otros extranjeros) porque todos tienen el mismo destino, porque todos son "hijos de la muerte". El jefe mismo debe trabajar y no aceptar regalos sin ofrecer alguna cosa a cambio. Su ética es la de una sociedad igualitaria que vive en simbiosis con la naturaleza, aunque los tolupanes no esconden la dificultad que sienten para aceptar la muerte como la contraparte inevitable de la vida. Alfonso Martínez contaba al respecto unos relatos verdaderamente dramáticos. Los mitos que narraba eran muy expresivos y a menudo estaban llenos de humor, puesto que los seres divinos al tener ellos también numerosas debilidades humanas, recibían regaños y castigos de Tomam mayor, quien no era menos indulgente, inclusive con Tata Dios.

Las dificultades del presente y la incertidumbre del futuro

Un domingo de 1983, mientras el misionero del Instituto de Verano predicaba ante un grupo reunido en la capilla, afuera, estudiantes de la Universidad Nacional de Honduras quienes habían venido para elaborar unas encuestas lingüísticas y etnográficas en la Montaña de la Flor, empezaron a leer algunas partes de mi libro a algunos jóvenes tolupanes. La reacción de los jóvenes fue entusiasta.

Los textos, escritos en forma de diálogo y de monólogo, se prestaban a representaciones teatrales. Los estudiantes escenificaron algunos mitos. Según ellos, los tolupanes se reían mucho y prestaban mucha atención.

De ninguna manera esto significa que la cultura pueda ser objeto de una "rememoración" y suponiendo que lo sea, no indica cuál podría ser su papel en la actualidad.

Los problemas económicos (pérdidas de tierras, rendimiento escaso o improductividad creciente del suelo, agotamiento de los recursos forestales y animales, etc.), la carencia deplorable de asistencia médica, la necesidad de una habitación mejor, los conflictos y antagonismos entre algunos miembros de las dos mitades, las ambiciones de poder que tienen ciertos tolupanes mestizos y la falta de educación elemental constituyen algunas de las dificultades a las que la comunidad debe hacer frente.

Si una "rememoración" cultural interviene, probablemente tendrá un efecto positivo. Pero no podrá ser una contribución decisiva para la solución de los problemas cruciales de todos los días, mismos que acabo de mencionar, a menos que las representaciones teatrales de los mitos ocasionen de una manera u otra una conciencia étnica. En el pasado la tradición ha sido objeto de una constante renovación.

Notas

- ¹ Mesoamérica tal como fue delimitada por Paul Kirchhoff, tiene su frontera sureste en el límite de la extensión de las lenguas mayas, es decir, aproximadamente en el río Ulúa en Honduras. A. Chapman incluye a los lenca.
- ² Las lenguas chibchas cubrían un área que se extendía de Honduras a Colombia, mientras que las lenguas hokas eran las de los pueblos que vivían en el suroeste de los Estados Unidos y norte de México.
- ³ Mitad es un término etnológico que designa una de las secciones antagónicas y complementarias de una unidad social organizada según un modelo dualista.